

# La minería del diablo. Contrapunto entre Adolfo Costa du Rels, Oscar Cerruto y Augusto Céspedes

Mariana Bendahan

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

## Resumen

Pensar la literatura boliviana desde el siglo XXI nos obliga a revisar y a recuperar cierta producción literaria que en el canon latinoamericano quedó relegada. Un caso significativo es el de Adolfo Costa du Rels (1891-1980), escritor franco-boliviano, quien en su producción narrativa representó y puso de relieve uno de los temas centrales de la bolivianidad: la minería y su vínculo con los hombres y mujeres, la tierra, la política, la economía, entre otros posibles. Cuentos como “Plata del diablo”, “Yellow mine”, “La condesa de Orb” y “Caballeros del Ande” como su novela Tierras Hechizadas (1940) abren y explicitan una cruel y a la vez seductora característica de Bolivia: sus minas de plata y estaño que tantos aventureros, cauderos y empresas multinacionales buscaron y buscan explotar. Este trabajo propone un análisis de la representación del ambiente minero que construye du Rels en una selección de textos además de un contrapunto con otros textos como Metal del diablo de Augusto Céspedes y Aluvión de fuego de Oscar Cerruto.

*Quando se habla del estaño en Bolivia, se habla también del período republicano más importante desde el punto de vista económico y de transformaciones sociales; período de luchas y revoluciones que marcaron el destino del país y dieron pie a su característica política y económica de “país minero” con que en los dos últimos siglos se lo conoce. (...) “metal del diablo”, por el cual se ha derramado sangre, por el que se han acumulado fortunas y por el cual el concepto de “poder minero” se acuñó en nuestra política y también en nuestro folklore, tan unido este al quehacer de la gente de nuestras desoladas montañas.*  
Dionisio J. Garzón M. 2007<sup>1</sup>

*Ya sabe usted, señor: el metal del Yana-Lique es maldito*  
Céspedes (1946: 199)

## De la colonia a la república, de la plata al estaño

La actividad minera, en su contexto global, es una actividad industrial de alto impacto ambiental, social y cultural. En Bolivia, al igual que otros países de la región andina como Chile, forma parte de la construcción de su identidad como país y de lo que podríamos denominar la *bolivianidad*. Entre los metales más significativos de esta actividad comercial en Bolivia, la extracción del estaño es central; su descubrimiento data de 1564 cuando Juan del Valle, un aventurero español, buscaba vetas de plata en una serranía cercana a Uncía en el departamento de Potosí. Según sostiene Dionisio Garzón, este descubrimiento marcaría el punto de inflexión de la minería argentífera colonial a lo que vendría a ser la minería del estaño del período republicano. Sin embargo, no fue sino hasta los albores del siglo XX que la demanda de minerales de estaño se incrementó geométricamente en el mundo después de la primera guerra mundial (1914-1918), por el amplio uso de la hojalata y sus derivados en la manufactura de envases para la conservación de los alimentos enviados a las tropas en el frente de batalla. Con un mercado floreciente y muy pocos países productores (Malasia, Indonesia y Bolivia); la demanda de minerales de estaño se

1 Garzón es ingeniero geólogo y ex Ministro de Minería y Metalurgia de Bolivia.

incrementó y los viejos yacimientos de plata que tenían como desecho estos minerales volvieron a ser de interés. De allí el apelativo de “metal del diablo” para el estaño, que deriva de los problemas que causaba en la metalurgia de la plata.

Al igual que otras prácticas extractivas como el petróleo en Venezuela, el cobre y carbón en Chile o el caucho en Brasil, la minería en Bolivia generó un reacomodamiento y constitución particular de lo que podríamos denominar factores sociales, económicos y culturales. En este sentido la literatura construyó y construye su propio imaginario, a través de la literatura minera como también ocurre con la literatura del petróleo en Venezuela o de los yerbatales en Paraguay.

Una presencia que forma parte de una tradición constitutiva de la literatura boliviana es la preocupación por la realidad social e histórica, que en su concreción literaria estuvo sustancialmente constreñida por los cánones estéticos heredados del siglo XIX, en particular por el naturalismo con sus variantes. (Cymerman-Fell, 2001: 235) Ahora bien, es notable el tratamiento que hacia fines de la década del 30 y comienzos de los 40 comienzan a tener ciertas problemáticas referidas a los vínculos del hombre con la naturaleza y los conflictos históricos entre los hombres, que empiezan a revelar (a veces denunciar) el permanente sistema de opresión y exclusión que atraviesa la historia boliviana. Así, las historias literarias que arbitrariamente construyeron las “novelas fundacionales” de esta tradición, han referido a estas producciones como la *novela social*, *indigenismo* y a ellas se suma otra variante que es la *novela de la mina*. Esta última canonizada en la novela de Jaime Mendoza, *En las tierras de Potosí* (1911), cuyo tema central son las minas bolivianas y la situación de los trabajadores del subsuelo.

Entonces, la propuesta de este trabajo es, además de pensar la literatura boliviana desde el siglo XXI, revisar y recuperar cierta producción literaria que en el canon latinoamericano quedó relegada, y hacerlo focalizando en un análisis de las representaciones del ambiente minero.

Adolfo Costa du Rels, un raro fenómeno de integración cultural

Un caso significativo de exclusión del canon latinoamericano es el de Adolfo Costa du Rels (1891-1980), escritor franco-boliviano, premio nacional de Cultura en 1976, quien con sus relatos del altiplano representó y puso en relieve uno de los temas centrales de la identidad boliviana: la minería y su vínculo con los hombres y mujeres, la tierra, la política, la economía, entre otros posibles. En los cuentos “Plata del diablo”, “Yellow mine”, “La condesa de Orb” y “La Miskii Simi” incluidos en la colección *El embrujo del oro* (1948), como también en su novela *Tierras Hechizadas* (1940), se abre y explicita una cruel y a la vez seductora característica de Bolivia: sus minas de plata y estaño que tantos aventureros, cateadores y empresas multinacionales buscaron y buscan explotar.

Para este trabajo elegí detenerme en dos relatos: “Plata del diablo” y “Yellow mine”, a partir de los cuales intentaré dar cuenta de ciertos tópicos que, casi como series, se tornan recurrentes en la narrativa minera de la región.

Tierra, montaña, mina, hombre y medio van a conformar un constructo de representación sumamente significativo. Es que tanto la ambivalente relación del hombre con la mina, como la montaña que lucha contra la profanación que sufre y, por tanto, se la humaniza, se tornan un vínculo que a la vez que hostil y complejo, se establece, complementariamente, como un permanente vínculo de seducción. Así, la tierra es lo que Don Genaro, el experimentado cateador de “Plata del diablo”, ama, porque “ella le había dado su tez cobriza y su gravedad desconfiada”, ella “excitaba los apetitos y alimentaba la codicia.

Don Genaro era un apologista apasionado; hablaba de ella como un enamorado de la mujer amada. Y la tierra le pagaba bien...” (Costa du Rels, 1948: 189). Casi como si se tratara de una relación amorosa, motivo repetido con algunas variantes, la tierra se configura como la mujer amada, pero también la tierra es la madre que –como lo vivimos minuto a minuto con el rescate

de los 33 mineros de la mina San José de Copiapó- cobija a sus hijos en sus entrañas y, a veces, las menos de las veces, los pare cuando la tierra considera que sus advertencias fueron suficientes. En los cuentos de Costa du Rels, como sucede casi de manera análoga en los del chileno Baldomero Lillo, las entrañas de la tierra, la mina, no devuelve a los mineros que mueren atrapados en sus socavones.

Decir, figurar, aludir, caricaturizar, denunciar también conforman otra serie que se constituye en un tópico de esta narrativa, que vehiculiza en los relatos la causa o razón del deplorable estado de la práctica minera. En casi todos los cuentos hay muchas referencias explícitas o no tanto acerca de quién o quiénes son los responsables de la explotación de los mineros, de sus padecimientos y del sistema de opresión en que subsisten: los explotadores representados en el nombre de una persona (Simón Patiño, el rey del estaño, leemos “Aluvión de estaño. Caserita de treinta por ciento, el filón debe de hallarse más arriba...Semejantes muestras solo las hay en ‘La Salvadora’ de Patiño o en ‘Llallagua’ que fue de Pastor Sainz” (Costa du Rels, 1948: 194)), en el estereotipo del yanqui aventurero, avaro y ambicioso (Bob Mahonny, cuenta el narrador “era ambicioso, gustaba de la libertad, y un sueldo fijo le parecía humillante. Según él, la ganancia debía estar en relación con el esfuerzo.” (Costa du Rels, 1948: 228)) o en una corporación multinacional, por ejemplo la Yellow Mine, que los indios transformaron en la Yeloma.

La serie se completa con la relación tortuosa del hombre con el medio. Uyuni en este caso, que en “La Miskii Simi” se lo describe como “Sitio sin alma, gente sin ángel, tierra sin agua, sol sin calor (...) un conglomerado de tierra, de sol, un esbozo urbano sometido al vaivén de los vientos. Dueños y señores del paisaje, estos salmodiaban, día y noche, el monótono lamento de la puna.” (Costa du Rels, 1948: 205-206) Y Potosí, que es el escenario de “Plata del diablo”, donde el ambiente minero se configura por y para las ambiciones que llevaron a muchos bolivianos y aventureros extranjeros a convertirse en cateadores.

Es en este relato donde la naturaleza no solo se torna sumamente indómita, sino que además a la cordillera potosina se la representa humanizada, y vencedora una vez más ante la derrota del hombre que la ultraja o que pretende hacerlo, al pedir la concesión de uno de los más importantes yacimientos de plata. Esta resistencia de la tierra, de la naturaleza se construye en el cuento a partir de un relato sumamente dramático del ascenso al Yana-Lique, donde el narrador que, a la vez que es el ambicioso futuro concesionario y es víctima del “sorocchi” (mal de montañas), recibe las buenas nuevas de que efectivamente en las alturas existe una “estupenda veta de plata”, pero ese descubrimiento simbólicamente fue consecuencia de derrumbes que –como mecanismos de defensa– la tierra desplegó impidiendo que los cateadores regresaran para mostrar el camino a ese tesoro.

Este relato pone en relieve esta representación inhóspita e indómita de la tierra, del medio hacia los hombres que buscan desafiarla primero para luego profanarla. De ahí entonces esa frase de que esa plata era del diablo (*¡Supay colque!*), porque el “metal se enrojecía como si insospechada sangre manara de las heridas que acababan de inferirle” (Costa du Rels, 1948: 200).

Y, tal vez, también lo sea por esta otra tensión que aparece aquí representada: la de los nativos, quienes detentan el saber y la tradición de esa práctica (en analogía se puede pensar la figura del baqueano) de cateadores que facilitan el acceso a los minerales, a las exorbitantes ganancias (en este caso Don Genaro, el experimentado y viejo cateador, dice: “Y como punto de referencia, mi cata, mi catita, cuya ubicación solo yo conozco.” (Costa du Rels, 1948: 191) y los exploradores (explotadores), yanquis en su mayoría, hoy devenidos en grupos económicos o multinacionales, que desafiando cualquier criterio de cooperativismo, solidaridad y distribución de riqueza, despliegan “la modernidad” con cualquier táctica y estrategia para saciar su codicia. La antítesis es evidente en este fragmento: “Es que Don Genaro adoraba las minas con un amor desinteresado. Descubrir nuevas fuentes de riquezas era su única alegría; poner en valor los tesoros ocultos de

su patria era su constante preocupación. Nunca para sí, siempre para los demás. Él se contentaba con una módica remuneración, un ínfimo porcentaje a veces trampeado. No tenía ni mujer, ni hijos... Pocas necesidades, excepto la de enriquecer al prójimo. Hoy, se le trataría de imbécil.” El envés de trama es el sentimiento del explorador que confiesa: “El incentivo del dinero produce angustiosos milagros en el espíritu de los hombres.”

Por su parte, “Yellow Mine” describe profundamente no solo una época de explotación de las minas, sino también la explotación de los indios. Cito un fragmento: “Los mineros vivían en chozas techadas con paja, medio encogidas de frío, que parecían apretarse las unas contra las otras. Habíase formado así un pequeño caserío miserable, de color neutro, agazapado al pie del cerro que lo defendía contra el viento. La morada de Mahonny, que recibió poco tiempo después una mano de cal, era la única de aspecto limpio y alegre.” (Costa du Rels, 1948: 233) Aquí, la lucha del hombre por dominar la naturaleza, la mina, es central. El personaje de Fanny, hija de una boliviana y de un americano, en la mina es sumamente significativo a la vez que es vital para el funcionamiento de todo lo que rodea a la mina. Ella con su cuerpo y presencia dentro de la mina desencadenará que la mina se vuelva estéril. Cito: “La llegada de una mujer a la Yellow Mine no sorprendió a nadie. Es muy corriente en las minas, el tener una querida para que se ocupe de la casa y ahuyente el tedio de las largas noches de invierno o evite el contacto con las indias.” (Costa du Rels, 1948: 235).

Este relato de Costa du Rels es la puesta en literatura de una de las creencias más arraigadas entre los obreros mineros: el hecho de que si una mujer ingresa en una mina, la seca, la mata... Dice el texto “una falda en una mina es de mal agüero. Ni mujer ni cura.” De ahí que, cuando Fanny se esconde en el socavón, luego de buscar a González, el ingeniero contratado por su amante, el gringo Mahonny, la mina que estaba en boya, pierde la veta de estaño. Vínculos que se pueden leer como competencia, celos de dos *hembras*, dos posibles entrañas y esa remisión permanente que se representa entre las entrañas de la mina (tierra) y la penetración de los hombres en ella, cuestión que se reafirma en dos diálogos entre los amantes: “–La mina es la mina, Fanny. Extravagante y voluble como... –Una mujer”, asesta ella. Y otro: “–No hay cansancio que valga cuando se va a ver a su enamorada. Porque sabrás que voy a ver a mi enamorada... ¡Ja! ¡Ja!... Tengo que ir a tocarla, a acariciarla... Es una hembra rebelde, mi mina. Solo a mí me obedece, como tú, Fanny.”

## **Dos versiones y visiones más de la minería en contrapunto**

Estos aspectos que hasta ahora fui comentando, de un modo mucho más explícito y militante, aparecen en *Metal del diablo* (1946) de Augusto Céspedes, una biografía novelada y con tono de caricatura de Simón Patiño, el rey del estaño en Bolivia, figura emblemática de la rosca política y económica. En ella se pone en relieve y cuestiona la lógica del permanente saqueo de los minerales y el modo de enriquecimiento desmesurado a costa de, al decir de Waldo Frank, transformar los socavones de las minas en “osarios de indios”, la necesidad de una nacionalización de las minas, hecho que, no sin sus tribulaciones, ocurrirá con la revolución de 1952.

En *Aluvión de fuego* (1935) de Oscar Cerruto, la militancia de Céspedes se trueca en voluntad de denuncia de la rosca de los grandes mineros de la plata y el estaño, y los terratenientes que pensaron un estado-nación a espaldas de los indios. La novela se enmarca en uno de los hechos centrales de la historia boliviana que condicionó la escritura de estos tres intelectuales, la Guerra del Chaco entre 1932 y 1935. La tercera parte del texto está centrada en la experiencia del personaje central, Mauricio Santa Cruz/Laurencio Peña y su amigo el Coto, en un campamento minero. Las vicisitudes de estos personajes con ideas revolucionarias marxistas, que, conjuntamente con los obreros mineros que padecen los permanentes derrumbes (*aysa*) y muertes,

buscan organizarse sindicalmente, evidencia la importancia de esta explotación para la historia social y económica de Bolivia, en tanto eje sobre el que se mueve y vive el país.

### **Renovación y cambio...**

Para cerrar me gustaría compartir con ustedes esta curiosa novedad que, entre líneas o en el revés de trama, confirma lo que por más de setenta años de literatura se viene representando: la desafortunada trayectoria de la explotación minera no solo en Bolivia y, hartamente conocida por estos días en el chileno desierto de Atacama, sino en toda la región. El martes pasado, el diario *Página 12* publicó una noticia en la cual se detallan las estrategias que las multinacionales mineras están desplegando para mejorar su imagen. Leo un fragmento:

Las compañías mineras decidieron meterse de lleno en la batalla comunicacional y ya comenzaron a armarse: contrataron a consultoras de comunicación para revertir la imagen negativa y lograr mayor poder de lobby. La Cámara de Empresarios Mineros (CAEM), que nuclea a todas las grandes empresas del sector, acaba de contratar a la consultora internacional Hill & Knowton (acusada de inventar testimonios sobre el accionar de soldados iraquíes en Kuwait). La poderosa Barrick Gold, líder mundial en megaminería, ya cuenta desde el año pasado con la también multinacional Llorente & Cuenca. Solicitadas en diarios de tirada nacional, presencia de trabajadores mineros en canales de televisión y campañas de publicidad son algunos de los ejes de la lucha mediática que ya comenzó. El objetivo en el corto plazo es bloquear en el Congreso un proyecto de ley para prohibir la minería. (Aranda, 2010)

¿Cuál es la imagen que históricamente construyó la literatura andina de la minería? ¿Cuáles serían hoy los relatos que cualquiera de estos tres escritores bolivianos podrían escribir? ¿Serían otros, diferentes? La única certeza es que la literatura minera continúa, y por eso termino con el poema “Los mismos” de un minero chileno que se autodenomina Poeta Minero:

#### **Los mismos**

Los mismos que rezan  
y hoy piden a dios  
porque los mineros salgan  
vivos....  
son los que reniegan de sus  
mandamientos,  
al hacerlos trabajar en sus particulares infiernos,  
estos son los que nunca pasaran por el ojo  
de una aguja,  
con sus lucrosas ganancias.  
aunque lleven su dinero a misas  
y salas del gobierno...  
no se escapan de crear el más oscuro infierno.  
¿dios y el diablo...  
para ellos son cara del mismo centavo?

Poeta minero, 15 de agosto de 2010.

#### **Bibliografía**

Aranda, Darío. 2010. “Renovación y cambio”, *Página 12*, Buenos Aires, 23 de noviembre.

Cerruto, Oscar. [1935] 2006. *Aluvión de fuego*. La Paz, Plural.

Céspedes, Augusto. [1946] 1974. *Metal del diablo*. Buenos Aires, Eudeba.

Costa du Rels, Adolfo. [1948] 1997. *El embrujo del oro*. Cochabamba, Los amigos del libro.

Cymerman, Claude y Fell, Claude (coords.). 2001. *Historia de la literatura hispanoamericana. Desde 1940 hasta la actualidad*. Battista, María Valeria (trad.). Buenos Aires, Edicial.

Garzón M, Dionisio J. 2007. “Estaño–‘Metal del diablo’”. Disponible en Internet: <http://boliviaminera.blogspot.com/2007/10/estao-metal-del-diablo.html>

Poeta Minero. 2010. “Los mismos”. Disponible en Internet: <http://poetaminero.blogspot.com/>

## CV

MARIANA BENDAHAN ES PROFESORA Y LICENCIADA EN LETRAS, UBA. ACTUALMENTE ES DOCENTE DE PROBLEMAS DE LITERATURA LATINOAMÉRICA (CÁTEDRA DAVID VIÑAS) EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UBA Y SE DESEMPEÑA COMO INVESTIGADORA DEL INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA “RICARDO ROJAS”, DEPENDIENTE DE LA MISMA INSTITUCIÓN. HA PUBLICADO ARTÍCULOS ACERCA DE TEMAS INHERENTES A LA PROBLEMÁTICA LATINOAMERICANA, EN PARTICULAR A LA RELACIÓN DEL PETRÓLEO Y EL ESTAÑO CON LA LITERATURA DE NUESTRO CONTINENTE. ACABA DE PUBLICAR UN TRABAJO CRÍTICO SOBRE LOS HIMNOS NACIONALES DE AMÉRICA LATINA.